



Viernes Santo 2010

El relato de la pasión está inmediatamente precedido en el Evangelio de Juan por algunas afirmaciones de Jesús que muestran el significado que él atribuía a su próxima muerte. *Se trata de palabras de Jesús situadas por el Evangelista en el espacio de tiempo que media entre la entrada triunfal en Jerusalén y la escena del prendimiento en huerto de los olivos.*

La narración de la entrada en Jerusalén, con la aclamación de Jesús como “el rey de Israel” (Jn 12, 13), ha terminado con la decepción de los fariseos que comentaban entre sí: *“Esta bien claro que no conseguimos nada: todo el mundo lo sigue”* (Jn 12,19). Y como confirmación de esta situación, el evangelista narra cómo algunos judíos griegos que han venido a la fiesta de Pascua, se dirigen a Felipe y le dicen: *“Quisiéramos ver a Jesús”* (Jn 12,21).

En contraste con esta situación de aceptación general de Jesús como rey de Israel; y en contra de la creencia de la gente, que piensa que el Mesías no morirá nunca (Jn 12, 34), Jesús habla de su muerte, pero la presenta como camino de gloria. Estas son sus palabras: *“Ha llegado la hora en que el Hijo del hombre va a ser glorificado. Yo os aseguro que el grano de trigo seguirá siendo un único grano, a no ser que caiga dentro de la tierra y muera: sólo entonces producirá fruto abundante”* (Jn 12, 23-24).

Se trata de una muerte real, como la descomposición del grano de trigo en la tierra, que a Jesús le angustia. Así lo reflejan sus palabras: *“Me encuentro profundamente abatido; pero, ¿qué es lo que puedo decir? ¿Padre, sálvame de lo que se me viene encima en esta hora?. De ningún modo; porque he venido precisamente para aceptar esta hora.”* (Jn 12, 27). Su abatimiento ante la muerte, no le hace olvidar que ha venido al mundo no para hacer su voluntad, sino la del Padre que le ha enviado; su abatimiento le hace más bien recordar que su alimento es hacer la voluntad del Padre y llevar a cabo su obra: En consecuencia, su oración ante la muerte es: *“Padre, glorifica tu nombre”* (Jn 12,28).

El evangelista explica que esta oración fue escuchada y se oyó una voz del cielo que dijo: *“Yo lo he glorificado y volveré a glorificarlo”* (Jn 12, 28). Y añade el comentario de Jesús: *“Esta voz se ha dejado oír no por mí, sino por vosotros”* (Jn 12, 30). Jesús no tiene duda del amor del Padre, y así lo manifiesta: *“El Padre me ama, porque yo doy mi vida para tomarla de nuevo. Nadie tiene poder para quitármela; soy yo quien la doy por mi propia voluntad: yo tengo poder para darla y para recuperarla de nuevo. Esta es la misión que debo cumplir por encargo de mi Padre”* (Jn 10, 17-18).



La muerte de Jesús es el momento de su glorificación porque acontece según el plan que Dios ha diseñado para mostrar su amor al mundo y porque, según este plan de Dios, el Hijo tiene el poder de entregar libremente la vida y de volver a recuperarla. Es decir, la muerte de Jesús se convierte en gloria por el amor y la libertad con que entrega la vida.

Por tanto, Juan no considera la muerte de Jesús como resultado del azar o de casuales circunstancias sociales, religiosas o políticas. Los cálculos políticos de Caifás y de Pilato fueron determinantes de la condena de Jesús, pero ambos fueron meros instrumentos externos para la realización del plan de Dios y para hacer posible la libre entrega de Jesús a la muerte. Así lo interpreta Pedro en sus primeras predicaciones públicas en Jerusalén después de Pentecostés: *“Dios lo entregó conforme al plan que tenía previsto y determinado, pero vosotros, valiéndoos de los impíos, lo crucificasteis y matasteis. Dios, sin embargo, lo resucitó”* (Hech 2, 23-24). *“Ya sé, hermanos, que lo hicisteis por ignorancia igual que vuestros jefes. Pero Dios cumplió así lo que había anunciado por los profetas: que su Mesías tenía que padecer”* (Hech 3, 17-18). Y de la misma forma lo predica Pablo en Antioquia: *“Ciertamente, los habitantes de Jerusalén y sus jefes no reconocieron a Jesús, y al condenarlo cumplieron las palabras de los profetas”* (Hech 13, 27).

El evangelio de Juan refiere también las palabras de Jesús que manifiestan de qué forma se va a manifestar su propia muerte como glorificación: *“Jesús explicó...Es ahora cuando el mundo va a ser juzgado; es ahora cuando el que tiraniza a este mundo va a ser arrojado fuera. Y yo una vez que haya sido elevado sobre la tierra, atraeré a todos hacia mí”* (Jn 12, 31-32). El evangelista explica que con estas palabras da a entender Jesús la forma en que iba a morir (Jn 12, 33). Jesús elevado en la cruz atrae a todos hacia sí como cordero de Dios que quita el pecado del mundo; y elevado a la gloria del padre es reconocido por toda lengua como el único Señor y juez de vivos y muertos.

Por segunda vez, en esta ocasión en el trascurso de la cena de pascua y después de salir Judas de la sala, refiere el evangelista estas palabras de Jesús: *“Ahora va a manifestarse la gloria del Hijo del hombre... Dios lo glorificará... Y lo va a hacer muy pronto”* (Jn 13, 31-32).

Esta comprensión del significado de la muerte de Jesús es una clave necesaria para leer el relato de la pasión en el evangelio de Juan. El evangelista hace un relato de los hechos de la pasión iluminados por la fe en la resurrección, que los muestra como fiel cumplimiento del designio de Dios anunciado mucho tiempo antes en las profecías de la Sagrada Escritura.